

# La ciudad de los oscuros ángeles



REBECA SOTO BUSTAMANTE\*

**M**e abandono. Sentada en una silla de escritorio dejo que la noche se deslice lentamente por el ventanal. La espero tras la frustrada puesta. Hoy no hubo rayos de sol traspasando las nubes ni montañas con un fondo rojizo, tampoco verdes en la explanada, nada; sólo el gris del mal clima acompañado del tono agridulce de mi melancolía.

Disfruto la lluvia. Sé que lo repito a cada instante, pero es verdad, adoro la lluvia que lava todo, que devuelve a las cosas su pulcritud perdida. En esta ciu-

dad de un solo color, el agua embellece al concreto, lo vuelve de un negro brillante que me recuerda –qué contrariedad–, lo profundo de la noche boscosa.

Todo es reminiscencia, recuerdo, evocación, sugerencia. He aprendido a sublimar lo sórdido de esta ciudad para poder vivir en paz con ella y conmigo misma. Sigo prefiriéndola. La miseria, pintoresquismo.

Juliana me ha contado la historia de doña Silvina. A ella la vi pocas veces, pero sí la conocí. Algunas mañanas, al salir de mi casa, pasaba frente a su edi-

# esencia espacio

ficio y allí estaba: pequeña e indefensa, siempre me dio esa impresión, pero sólo fue eso, una impresión. Nunca como ahora, lo sentí hasta los huesos, hasta derramarme en un caos de malas sensaciones.

Al hijo de doña Silvina también creí conocerlo. Era aquel que un día interrumpió al padre en plena misa para hablar mal de los seminarios. A mí no me pareció loco, al contrario, porque dijo exactamente todo lo que opino sobre ellos. Ciertamente era, o es —no ha muerto aunque un manicomio sea igual al sepulcro, o bien, al purgatorio— desde ese momento a quien llamé “el ángel”. Y es verdad, me recordó al ángel que describe García Márquez en un cuento: no muy viejo, pero acabado; con la melena y la barba blancas y crecidas, sólo le faltaban las alas, tal y como Hollywood presenta a los profetas bíblicos. Un día me lo encontré cuando pasaba frente a su casa, lo miré con aplomo, aunque me moría de miedo. Andaba en harapos, con los pantalones desgarrados y las pantorrillas con costras de mugre. Él no se percató de mí, sino hasta que le pasé por enfrente y me dijo: “Dios te bendiga, hermana”.

Desde entonces, no sólo me recordaba al ángel garciamarqueciano, al personaje hollywoodezco, sino también a Antonio, el profeta verdadero de la novela de Vargas Llosa.

Luego pasó lo de las varias confusiones. Un día Juliana me platicó que el hijo de doña Silvina estaba rematado y comenzó a describirlo, le comenté que lo había visto y después de dar mi versión, me dijo que no, que estaba equivocada, que ese era otro loco. Recuerdo que le respondí que era el único que conocía en la unidad. Ella, con su mirada delirante, se rió. Definitivamente abundan estas personas.

Se comentó que el hijo de doña Silvina era un orate comodín y bastante aclimatado a vivir en un departamento en ruinas, sobreviviendo de la comida que la pobre doña Silvina conseguía de la caridad pública. El ángel no podía ser, por esto, el mismo loco de las pláticas morbosas que se sostenían en mi casa.

Un día, hace como dos semanas, Juliana y yo fuimos de compras, al regresar vimos en los andadores de la unidad a un hombre que recogía ramas secas de las jardineras. Reconocí al ángel. Iba a decírselo a mi hermana, pero ella no me dio tiempo pues se apresuró a aclarar: “Pili dice que las recoge para calentar el departamento, es el loco, el hijo de doña Silvina”.

Juliana lava la ropa todos los sábados en la lavandería del centro comercial. Estima verdaderamente a Pili y a Soco. A nadie en la casa —ni siquiera a mi mamá— nos sorprende que trate de amigas a las lavanderas. Juliana es así, su naturaleza es ser “total” en sus sentimientos, incluso en los negativos, hay que reconocerlo. Es igualmente impulsiva en las buenas que en las malas, por eso es que fue a visitar a doña Silvina al hospital, y le dijo que la ayudaría a buscar un asilo para no regresar más a las ruinas de su casa. Por esa naturaleza, es que sufre todavía la absurda muerte de doña Silvina: abandonada, tirada sobre bultos de basura y porquería. Sola.

Hace unos días pensaba que esta lluvia y todos los sentimientos que me infunde la ciudad eran los causantes de mi obsesión por la tragedia de doña Silvina, pues siempre me obligaban a recuerdos tristes: ¿por qué hay tanta gente sola en un lugar sobrepoblado?, ¿por qué sufren hasta volverse locos? Pero no. En días radiantes, y aun cuando gozo la ciudad, también me he sorprendido pensando en que como yo, ahora, doña Silvina —pos-trada en su lecho nauseabundo— dejaría a la noche, a la puesta, o al día, deslizarse por entre la estrechez de su ventana, percatándose del efecto vital del que contagian estos fenómenos; o si eran éstos los que irrumpían en la penumbra de esta ruina humana, tal vez perdida mucho antes de su muerte.

\*Licenciada en lengua y literatura hispánica.

